

Recepción del Premio CEAL de Integración Latinoamericana

XIV Asamblea General del Consejo Empresarial de América Latina

Ciudad del México (México), 11 de septiembre del 2003.

Agradezco, emocionado, al Consejo Empresarial de América Latina, el Premio de Integración latinoamericana.

Recibo el homenaje como una demostración más del aprecio del CEAL a Brasil. La satisfacción es múltiple por las circunstancias en que se me concede el premio: en la Residencia Oficial de Los Pinos, disfrutando de la generosa hospitalidad del Presidente y amigo, don Vicente Fox Quesada.

Su Excelencia sabe que he seguido con enorme interés y admiración el extraordinario proceso de renovación política y económica por el que ha pasado México, bajo su liderazgo seguro y emprendedor.

Tuve el privilegio de compartir consigo, durante dos años, la honrosa tarea de orientar el redimensionamiento de las relaciones entre México y Brasil. Creo que tuvimos éxito.

Recuerdo los buenos resultados de su visita a Brasil, en julio próximo pasado, cuando dejamos en claro la determinación de nuestros países por contribuir a la consolidación democrática y la modernización económica de América Latina.

En esa ocasión firmamos un acuerdo de complementación económica que tiene una mira a la altura de las potencialidades de la sociedad entre México y Brasil.

El pacto, como Su Excelencia sabe, anhela no sólo el fortalecimiento del comercio bilateral, sino también una mayor sinergia entre las comunidades empresariales mexicana y brasileña, explorando los complementos de nuestras estructuras productivas.

Llegamos a un entendimiento específico sobre el sector automotriz, que fue de enorme importancia para que Brasil superara las dificultades impuestas en ese momento por la retracción del mercado argentino.

En suma, logramos sembrar el terreno para una integración de nuestras economías, lo que pasa por la negociación, que espero que pronto se viabilice, de un acuerdo de libre comercio que vincule a México con el Mercosur.

Insistí, en mi exposición de ayer, sobre la importancia de que nuestros países operen según una estrategia de geometrías variables.

Las opciones de México y Brasil por la integración con sus entornos inmediatos, que incluyeron al Nafta y al Mercosur, en nada inhiben la actuación en otros frentes.

Pienso en los vínculos con Europa y Asia, pero también, y sobre todo, en el ámbito que nos es tan apreciado de la integración latinoamericana, protegido como está por una base histórica y cultural común.

Si me permiten una nota nostálgica, les diré que no es de hoy, y tampoco de mis años en el poder, que dedico atención a las posibilidades de la integración latinoamericana y al papel del empresariado en ese proceso.

A principios de los años sesenta, cuando era profesor residente de la Universidad de São Paulo, hice investigaciones sobre el tema para la Conferencia de Punta del Este, a petición del maestro y amigo José Medina Echevarría, con quien estuve en la CEPAL, después de su largo y significativo paso por el Colegio de México.

Años más tarde seguí el debate sobre la formación del Banco Centroamericano de Integración, en compañía de Raúl Presbisch. Volví al tema en Nanterre. Estudié la posición de los empresarios brasileños, chilenos, mexicanos y argentinos. En esa época el interés del empresariado por la idea de integración era muy modesto. El asunto no constaba en la agenda de nuestros hombres de negocios.

Era justificable que así fuese. La globalización que entonces estaba en vigor era de pequeña magnitud. Estaba restringida, cuando mucho, a la industria de bienes de consumo. La preocupación mayor era profundizar en el proceso de sustitución de importaciones. Apostábamos a la industrialización bajo el estímulo estatal, que nos dotaría de insumos básicos, además de permitir la diversificación de la pauta externa, dejándonos menos vulnerables ante el deterioro de los términos de intercambio de nuestras materias primas.

El ideal de integración, cuando transmitido del todo, venía asociado a esas preocupaciones. Integrados, estaríamos más habilitados para cuestionar la división internacional del trabajo y atraer apoyo para el objetivo de la industrialización. La idea era sumar esfuerzos para una relación más equitativa con las economías centrales.

Este era el discurso que me veía propagando al lado de Presbisch, un discurso sin la mayor resonancia junto a los empresarios, inclusive porque no era de ellos de quienes se esperaba un papel protagónico, sino del estado.

Hoy la realidad es otra. La globalización asumió un nuevo perfil, más abarcante. El avance de las tecnologías de información trajo consigo la interdependencia de los mercados, con los efectos que

conocemos: formación de redes globales de capital, gerencia e información, internacionalización del proceso productivo, elevación de los niveles de productividad, mayor volatilidad del capital.

América Latina es parte de esa realidad internacional en mutación. Pasamos por grandes transformaciones en los últimos treinta años. En mayor o menor medida, concretizamos el sueño de la industrialización, ampliando el parque productivo, diversificando la pauta externa.

Es verdad que se descuidó en ese proceso de la solvencia del Estado, sobrecargado como estuvo por la demanda de inversiones, por el peso de la deuda, por la imprevisión presupuestaria. Pero supimos inaugurar un nuevo modelo de desarrollo, que tiene el mercado como motor. Desreglamentamos nuestras economías, abriendo espacio a la libre iniciativa, reduciendo costos de producción, aumentando la productividad, elevando la competitividad de nuestros productos.

Esto se dio poco a poco con la liberalización de nuestros sistemas políticos. La democracia consolidó la apertura de las economías, confiriendo legitimidad al proceso. Fueron nuestras sociedades quienes recibieron el cambio del modelo de desarrollo, la reforma del Estado, la valorización del mercado, la integración con los vecinos y con el mundo. Son esos los términos del debate actual: integración, mercado y democracia.

Es normal que de vez en cuando ocurran tensiones entre intereses localizados y los reclamos de los procesos de integración. Ahí entra la responsabilidad política de los hombres públicos, limando asperezas, haciendo prosperar los objetivos superiores. Pero esto requiere el concurso de los empresarios, de los trabajadores y de la sociedad en general. De ahí la importancia de espacios como el CEAL, que mucho ha contribuido al intercambio de experiencias y a la diseminación de una cultura de integración.

Sólo me queda reiterar mi agradecimiento por la hospitalidad del Presidente e Vicente Fox y por la generosidad de los que hoy me obsequiaron este premio. Que nos mantengamos al unísono en busca de una América Latina cada vez más cohesa, democrática y próspera.

Muchas gracias.